



Junta de vecinos

Daniel Morales Perea. Málaga. 20 años

Daniel nos presenta a una delirante vecindad en una improvisada junta de vecinos. El ascensor se estropea y ésa es la excusa para ir conociendo a una galería de personajes arquetípicos, extravagantes... El lector tiene por delante el descubrimiento de los entresijos de «una buena vecindad».

Junta de vecinos

Daniel Morales Perea

El solterón medio calvo, que no pasará de los cincuenta años, va a abrir la puerta del portal cuando ve acercarse por la acera, leyendo el periódico, a su vecino de abajo. Es un hombre aproximadamente de su edad, atractivo, muy elegante, que cada fin de semana elige de su amplio repertorio a una mujer distinta para llevársela a la cama. El solterón medio calvo conoce de primera mano los hábitos promiscuos de su vecino porque todos los viernes y sábados, a eso de las ocho de la tarde, pega la oreja a la cañería de la bañera y escucha los chapoteos y juegos eróticos de la pareja, hasta el punto de que con el tiempo ha llegado a identificar once o doce tipos de gemidos femeninos diferentes.

El solterón medio calvo se apresura a entrar en el portal sin que el otro lo vea. Apenas ha llegado a la puerta del ascensor cuando escucha el tintineo de las llaves y ve a su vecino acercarse.

—Buenos días.

—Buenos días.

Cada vez que se encuentran, el solterón medio calvo no puede evitar echar una rápida ojeada a la cabeza del otro. Siempre ha envidiado su espesa cabellera cana.

—¿No viene el ascensor? —pregunta el de la espesa cabellera.

—Parece que no. Ya llevo esperando un ratito. Debe de ser algún gracioso que ha dejado la puerta abierta en un piso de arriba.

—Sí, puede ser.

—Pero no hay manera de saberlo, como en este piso no funciona nada... ¿Cuánto hace que se estropeó el indicador del ascensor, la pantallita ésa donde pone por qué piso va y si está ocupado o no?

—Uf, ni me acuerdo, mucho tiempo.

—¡Ya lo creo que hace mucho tiempo! Desde entonces el ascensor se ha estropeado mil veces y mil veces ha venido el téc-

nico a arreglarlo, pero nunca le da por arreglar la pantallita. Y después está la luz de los pasillos. No sé en la suya pero en mi planta la bombilla se fundió hace siglos.

—En la mía también.

—Lo que yo me figuraba. ¿Y por qué, me quiere usted decir por qué no funciona nada en este piso?

El de la espesa cabellera se queda un momento mirando algo turbado a su vecino. No sabe si se trata de una pregunta retórica o espera que responda. Va a decir cualquier cosa cuando el otro se autocontesta.

—¡Pues por culpa de los estudiantes! Allá donde van arrasan con lo que encuentran, ya vengo diciendo hace tiempo que hay que hacer algo con los estudiantes.

—Oh, sí, desde luego —dice el de la espesa cabellera tratando de fingir indignación.

—Yo tengo que soportar cada año a un grupito distinto encima de mi casa...

—Qué barbaridad.

—... si viera usted el escándalo que arman. Ya puede uno echar el techo abajo a escobazos que no bajan la música...

—No hay justicia.

—... y después la de porquerías que dejan por todas partes, papeluchos de chucherías tirados por el pasillo o latas de cerveza o cajetillas de tabaco vacías, eso si no le vomitan a uno en la mismísima puerta de su casa cuando vienen de borrachera...

—Es vergonzoso.

—Así un año tras otro, claro, después ellos se van y los que tenemos que arreglar los destrozos somos nosotros, me tienen tan estresado los malditos estudiantes que mire cómo se me ha quedado la cabeza.

El de la espesa cabellera echa una ojeada fugaz a la relucien-

te coronilla, carraspea, siente un hormigueo subiéndole por la cara y se afloja el cuello de la corbata. En ese momento entra en el portal un muchacho. Lleva una carpeta azul de cartón, de ésas que se cierran con un elástico, repleta de folios. Del bolsillo de la chaqueta le asoma un cable que a la altura del cuello se bifurca en dos cables más finos que suben hasta las orejas. Al llegar a la puerta del ascensor se quita los cascos.

—Buenos días.

—Buenos días —musita el de la espesa cabellera bajando la cabeza. El solterón medio calvo desvía la vista y se hace el desentendido. El estudiante lo ve y le abraza con la mirada.

—¿No viene el ascensor?

—Parece que no —responde el de la espesa cabellera.

—Algún estudiante que habrá dejado la puerta abierta —completa el solterón medio calvo.

—¿Por qué un estudiante?

El tono provocador no augura nada bueno, pero antes de que la cosa llegue más lejos, oyen la puerta del portal y se vuelven a ver quién entra. Es una mujer joven, muy llamativa. Lleva un carrito para bebés de dos plazas. Una va vacía, en la otra hay un niño de no más de un año, con un parche de esparadrapo en el ojo izquierdo. Los tres hombres se apresuran a ayudarla a subir los cuatro escalones que median entre la puerta del portal y el ascensor.

—Muchas gracias, la verdad es que subir las escaleras con los niños es una lata.

Los tres miran instintivamente al carrito y comprueban que sólo hay un niño. Atribuyen el descuido a un hábito del que la mujer aún no ha conseguido desprenderse. Temiendo tocar un tema delicado, no la corrigen.

—¿No funciona el ascensor?

—Según el calvo es un estudiante que ha decidido hacer la

gracia —responde el estudiante.

—¿Qué calvo? A ver si te voy a tener que lavar esa boquita con lejía...

—Si quieres voy a por un estropajo, y de paso le sacamos un poco de brillo a la calva...

—¿Será posible, además de tener el piso hecho una mierda ahora los niños éstos se atreven a faltarme al respeto!

—¡Pues si quieres que te respeten, ya puedes aprender a respetar tú también!

Mientras discuten, el niño del carrito hace como que se pelea por un muñeco con su hermano invisible. Finalmente, el muñeco cae al suelo y el niño se enreda en un intercambio de golpes con el espacio vacío que debería ocupar su hermano.

—Niños, dejad de pelearos...

El solterón medio calvo y el estudiante vuelven a mirar el carrito y enmudecen. Se miran entre sí y después al de la espesa cabellera. La mujer del carrito coge el muñeco del suelo y se lo da a su hijo. Saca otro muñeco del bolso y se lo ofrece a su otro hijo invisible, dejándolo caer en el sillín vacío. Los tres hombres contemplan la escena sin atreverse a abrir la boca.

Escuchan con alivio abrirse la puerta del portal. Es un hombre de mediana edad, con gafas, lleva el pelo engominado en una escrupulosa raya al lado y viste un polito salmón cuidadosamente remetido en los pantalones.

—¿Una junta de vecinos y no se me ha avisado?

—No, es que el ascensor no funciona —dice el estudiante.

—No puede ser, esta misma mañana ha venido el técnico y ha pasado la revisión —contesta el recién llegado.

—¡Ja! ¿Qué decía yo? Algún estudiante gracioso...

—Aquí el señor calvo está convencido de que todos los estudiantes del bloque se han confabulado para joderle —le explica

el estudiante al desconocido.

—Si tiene usted alguna queja —advierde éste al solterón medio calvo—, debería exponerla en la próxima junta de vecinos. Yo tengo el honor de ser el presidente de la comunidad y, si así lo desea, me presto a dar prioridad a su queja en el orden del día...

—¿Usted es el presidente de la comunidad? —lo interrumpe inesperadamente, alzando la voz, la mujer del carrito—. ¡Entonces explíquenos qué pasa con el ascensor!

—Ya he dicho que esta misma mañana...

—¡Ah, esta mañana! ¿He preguntado yo por esta mañana? —brama dirigiéndose a los demás, que apenas se atreven a mirarla—. ¡Le estoy preguntando que qué pasa con el ascensor ahora! Si usted es el presidente de la comunidad debería saberlo...

—Debería, pero no lo sé.

—Ah, no lo sabe, ¡no lo sabe! ¿Habéis oído? —dirigiéndose de nuevo a los otros, que bajan la vista amedrentados—. ¡Entonces de qué sirve que sea usted presidente, yo digo que lo echemos!

—Señora, yo, la verdad, me gustaría poder complacerla, pero...

—¿Complacerme? ¡Dice que quiere complacerme! Ya le diría yo a usted lo que le gustaría hacerme si no hubiera personas mayores delante —y alude claramente con la mirada al solterón medio calvo. Éste siente por un momento la tentación de protestar, pero, al ver la cara de histérica de la mujer del carrito, se traga la ofensa. El presidente de la comunidad, por su parte, mira a todo el mundo tratando de encontrar algún cómplice que salga en su ayuda, pero nadie se atreve a levantar la vista del suelo—. ¡Si quisiera saber lo que pasa con el ascensor haría por enterarse! —insiste la mujer del carrito—. Pero no, a usted qué más le da. Yo, en cambio, tengo dos criaturas a las que les va haciendo falta un cambio de pañales...

—Mire usted, señora... —el presidente de la comunidad va a decir algo más, pero se interrumpe al ver que en el carrito sólo hay un niño—. Yo... Pero... —y señala al carrito contrariado.

—¡Qué! ¿No le gustan mis niños sólo porque tienen un defecto visual?

El presidente de la comunidad vuelve a mirar a los otros en busca de auxilio. Al fin se atreve el de la espesa cabellera.

—Me parece que deberíamos mantener la calma...

—¡Ja! ¡La calma! ¡El putero éste se cree que por tener la cabeza llena de pelo puede decirnos lo que tenemos que hacer!

El solterón medio calvo no puede creerse lo que ha dicho. Le ha salido solo, es la rabia contenida por la ofensa de hace unos instantes la que ha hablado por su boca. Va a disculparse, pero el estudiante empieza a desternillarse.

—¡Anda, el calvo está envidiosillo!

El solterón medio calvo ya alza la mano cuando se abre de nuevo la puerta del portal. Armando mucho alboroto, cantando y bailando, entra un grupo de jóvenes, tres chicos y dos chicas, cuidadosamente despeinados y con una bonita colección de pendientes repartidos por los rincones más inverosímiles de la cara.

—Éramos pocos... —murmura el solterón medio calvo.

—¡Eh, mirad, fiesta en el portal!

—¡Es verdad, una fiesta! ¿Quién quiere calimocho?

Traen varios vasos de plástico, enormes, de los que a cada paso chorrea un líquido turbio y rojizo bastante sospechoso, y algunas bolsas con más vasos, hielo, cartones de vino tinto y litronas.

—Tomen, echen un traguito.

—No, gracias, a estas horas... —rehúsa amablemente el de la espesa cabellera.

—Debo hacer notar que no está permitido consumir...

Uno de los bebedores de calimocho corta al presidente de la comunidad acercándole el vaso.

—¡Venga, encima que le invitamos!

La mujer del carrito está ocupada dándole el biberón a sus hijos, uno de plástico lleno de leche al visible, y uno invisible al invisible. El solterón medio calvo mira ceñudo a la pared, con las manos en los bolsillos, tratando de contenerse para no liarse a golpes con todo el mundo, y el estudiante acepta un trago de calimocho.

Una pareja de deportistas, marido y mujer, con chándal y una cinta en la frente, que regresa a casa después de los cinco kilómetros diarios de footing, se detiene al pasar junto al portal. Miran curiosos a través del cristal de la puerta. Al verlos, uno de los bebedores de calimocho se les acerca y abre.

—¡Pasen, pasen, hoy estamos generosos!

Dudan un instante, pero finalmente el hombre se decide.

—Gracias, la verdad es que un traguito fresco después del ejercicio físico viene muy bien para las agujetas, ¿qué te parece, cariño?

—Vale, pero sólo un traguito, ya sabes lo que te ha dicho el médico.

El carnicero de la acera de enfrente viene observando el espectáculo desde hace rato. Mira el reloj, aún faltan veinte minutos para la hora del cierre. Pero apenas ha tenido clientes esa mañana y no es de esperar que vengan muchos a esas horas, así que cierra la carnicería y va a ver qué pasa. Uno de los bebedores de calimocho vuelve a abrir la puerta.

—Déjela abierta, eso es, quítele el seguro, así no hay que estar yendo y viviendo.

Del mismo modo, se van uniendo al grupo dos niños que acaban de salir del colegio, un viejo octogenario, arrugado, pequeño, con boina y bastón, y el pescadero, la panadera y la frutería de la calle, todos atraídos por el bullicio. Un policía, al pasar

por allí, se baja de la moto y entra en el portal.

—¡A ver, qué está pasando aquí!

—¡Unos vándalos, señor policía! —grita desde el fondo el solterón medio calvo tratando de hacerse oír—. ¡Por la noche no paran de armar jaleo y ahora se han cargado el ascensor!

—Puedo explicárselo todo, señor agente. Ya he incluido la queja en el orden del día para la próxima junta...

—¡Tome un traguito, señor policía, verá qué fresquito! —lo interrumpe el deportista, que se ha apoderado de un cartón de vino y una litrona, y está visiblemente borracho.

La presencia del policía atrae a muchos más curiosos, que luchan por entrar en el portal abriéndose camino con los codos.

—¡Eh, eh, sin empujar! —se queja el viejo octogenario, al que alguien está aplastando contra los buzones.

—¡Abran hueco! —grita desesperada la mujer del carrito—. ¡Tengo dos niños pequeños y aquí no hay quien respire!

—¡Ya lo han oído, que corra el aire! —el policía intenta echar mano a la porra, pero no puede sacarla porque la multitud lo oprime por todas partes. Están tan apretados que nadie puede hacer el menor movimiento.

Al viejo octogenario empieza a demudársele el semblante. Grita que se ahoga, se pone todo colorado, emite un estertor y pierde el conocimiento. No cae al suelo porque para ello tendría que haber un mínimo espacio libre entre su cuerpo y el de los demás. Permanece en pie, sin sentido, aprisionado en una marabunta de cuerpos.

—¡Que alguien llame a un médico! —gritan varios.

Fuera, la acera ya ha sido invadida por una multitud de curiosos y de vecinos que, al ir a entrar en el portal, lo han encontrado intransitable. Dos vecinas cincuentonas, con alpargatas y el carrito de la compra, claman justicia porque no les dejan entrar en su casa. Cuando llega la ambulancia terminan de perder los

nervios.

—¡Cielo santo, una ambulancia! ¡Tiene que ser un cadáver, de otra forma no se explica tanto jaleo! Ya lo decía yo...

—¡Un asesinato! —añade la otra—. A ver si no qué hace ahí ese policía...

—¿Un policía? ¿Dónde? Es verdad, se le ve la gorra. ¡Un asesinato en nuestro piso! Verás cuando se lo cuente a la Encarni...

—Seguro que ha sido la limpiadora, lo vengo diciendo desde que la contrataron, a esa gente no hay quien la meta en vereda, por mucho que en la tele nos vendan que si reinsertión que si leches...

A su espalda, abriéndose paso entre el gentío, se acerca la limpiadora, con un cubo en una mano y un bote de limpiacristales en la otra. Las mangas arremangadas dejan al descubierto dos fuertes brazos llenos de tatuajes.

—¿Qué ha pasado ahí dentro?

—Usted sabrá.

—¿Yo? Si acabo de llegar...

—¡Ja! Lo rápido que ha soltado la frase, no se la tenía preparada...

—Oigan, no sé de qué están hablando...

—Ya, no se haga la tonta...

—Señora, le repito que no sé qué ha pasado, pero a mí es la última vez que me habla así.

—Pues, ya que no quieres admitirlo, te lo digo yo: ha habido un asesinato en el portal y, como intentes hacerme algo, ahí está el policía.

—¿Un asesinato?

—¡Un asesinato! ¡Un asesinato! —vocean varias personas.

La noticia no tarda en divulgarse por toda la calle. Los veci-

nos preguntan a los transeúntes desde los balcones, la calzada se llena de coches en doble fila. Las cincuentonas de las alpargatas se apresuran a inculpar a la limpiadora.

—¡Aquí está la asesina, no dejen que se escape!

Algunos la rodean para cortarle el paso, otros huyen, hay quien sale en su defensa y encara a los agresores. Se forman varios bandos y pronto la calle se ve sacudida de refriegas. Llegan varios furgones de policía, pero no consiguen restablecer el orden. Finalmente, aparece un camión de bomberos que dispersa a la muchedumbre a base de manguerazos de agua a presión. En el portal, los antidisturbios tienen que emplearse a fondo para desatascar el conglomerado de cuerpos.

Cuando al fin pueden entrar los enfermeros de la ambulancia, ya es demasiado tarde: el viejo octogenario ha muerto. El incidente se ha cobrado, además, otras víctimas. Al hijo de la mujer del carrito tienen que ingresarlo en la UVI con un principio de asfixia. La madre se desgañita gritando que su otro hijo ha desaparecido, pero, por más que lo buscan, no lo encuentran y a ella tienen que llevársela al hospital sedada. Los bebedores de calimocho están dormidos unos sobre otros, bañados en vómitos. Se limitan a echarles una manta por encima. El presidente de la comunidad aparece arrebujado en un rincón del portal, contándose una y otra vez, alternativamente, los dedos pulgar e índice de las dos manos.

—Uno, dos, uno, dos, uno...

Al preguntarle cómo se encuentra, responde algo ininteligible sobre el orden del día. Al hombre de la espesa cabellera lo hayan muerto. Ha sido estrangulado con el elástico de la carpeta azul. Su cadáver descansa sobre un montón de folios desparramados por el suelo. El solterón medio calvo observa cómo se llevan esposado al estudiante, sonrío y aprieta el botón del ascensor.